

DOCUMENTOS Y TESTIMONIOS

Reflexiones sobre la experiencia etnográfica de la situación de calle en Chile

Thoughts on ethnographic experience of the homelessness in Chile

JUAN DAVID ZABALA-SANDOVAL

Universidad de Chile, Chile

Este artículo es fruto de la reflexión en torno a mi trabajo etnográfico sobre la situación de calle en Santiago de Chile. En especial, busco resaltar algunos aspectos derivados de mi experiencia de trabajo en calle durante pandemia, del tránsito y cambio en mi posicionamiento como voluntario, extranjero y hombre, así como de las particularidades y ajustes necesarios a propósito de las experiencias y prácticas propias de las personas en situación de calle (PSC), tales como sus condiciones y resistencias para la participación, su desconfianza inicial y sus perspectivas al respecto.

Parto de problematizar acerca de la noción de experiencia etnográfica, como una elaboración de quien etnografía, aquel que pone su cuerpo a transitar de manera más o menos consciente por órdenes culturales y de poder que no necesariamente son coherentes entre sí, con la pretensión de hacerse partícipe y poner en manifiesto un conocimiento que, de otra forma, quizá no sería accesible o que se quiere posicionar en el debate contemporáneo (Ingold, 2017). El etnógrafo, principal herramienta de investigación (Guber, 2001), se somete, de forma más o menos voluntaria y bajo aviso previo, a una organización de la vida que considera interesante, relevante y, posiblemente, diferente a la que ya ha incorporado en su experiencia vital. Esta apreciación inicial marca de entrada una distancia propia del trabajo etnográfico, que se aboca a



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

la producción de conocimiento desde una lógica binaria entre investigador (*outsider*) y nativos (*insider*), implicando, así, la necesidad de que el primero realice un desplazamiento hacia los segundos (Esguerra Muelle, 2019), que le permita una fenomenología del mundo percibido “desde lo interior” (Moncrieff, 2024).

De ahí que la experiencia no se limite a una acumulación de sensaciones y formas de ser y hacer, sino que implica un orden que las articula y les da sentido, uno que usualmente deriva de las continuidades y discontinuidades entre las intersubjetividades de las que se participa (Ingold, 2017). Así, en la medida en que el etnógrafo comparte las formas de vida de aquellos a quienes declaró como “otros”, habilita su lugar de enunciación desde su experiencia (Ingold, 2017; Marcus y Cushman, 2003); sus reflexiones acerca de sus registros sensoriales o morales, sobre lo familiar y lo extraño, también implica una inteligencia compartida y conformada con otros que le hacen partícipe de esos sentidos, haciéndole un puente entre dos mundos.

Dicho esto, parto de mi experiencia relativa y particular, que se dio en dos instancias, la primera, en el marco de mi tesis doctoral, enfocada en un grupo de PSC de la comuna de Santiago entre 2020 y 2022; la segunda, a partir de un proyecto de investigación con PSC de Santiago y Valparaíso, y algunas instituciones que trabajan con esta población, entre el 2022 y el 2023. En ambos casos, la propuesta metodológica se basó en observación participante y entrevistas, para lo que se construyeron y sostuvieron vínculos con diversas PSC e instituciones que hacen parte del ordinario transcurrir de la vida diaria.

Mi pretensión, con el presente documento, es alimentar el debate que ha venido posicionándose sobre la situación de calle en nuestro continente y que ha hecho del conocimiento situado uno de sus pilares, especialmente, busco discutir acerca del posicionamiento del etnógrafo en medio de su trabajo de compenetración y correspondencia con aquellas formas de vida que quiere comprender. Mi apuesta está en visibilizar el proceso de reconocimiento de mi figura, como etnógrafo, por parte de mis interlocutores, algo que, según Moncrieff (2024) resulta, por lo general, omitido. Considero que estas reflexiones pueden contribuir a la discusión del proceso de investigación misma hoy, en medio de condiciones cambiantes y muchas veces adversas, incluso violentas, como etnografiar la situación de calle en medio de la pandemia por COVID-19, cuando justamente la calle estaba vetada.

Espero dar cuenta de algunas características de la situación de calle, algo que solo se antoja posible en la medida en que mi inmersión en el campo ha sido, de alguna forma, efectiva para los fines de mi investigación. Parto de la elaboración sobre mi experiencia en calle, que se cruzó con la de las PSC y fundamenta mi trabajo. Albergó la esperanza de dar cuenta del potencial de la etnografía para estos propósitos, y de transparentar sus limitaciones y las medidas que tomé en mi trabajo de campo.

Etnografiar la situación de calle

La situación de calle ha sido estudiada desde diferentes perspectivas disciplinares de las ciencias sociales desde la primera mitad del siglo XX con los trabajos seminales de Anderson (1923), sobre el *Hobo*, por lo que se evidencia una larga, aunque fragmentada tradición de investigación al respecto. La etnografía ha estado presente en el estudio de este fenómeno, como una de las apuestas más frecuentes para dar cuenta de los sistemas de prácticas y formas de configurar la vida en condiciones que suelen entenderse como alternas a la vida moderna de las ciudades.

Como método, o mejor, como forma de proceder, la etnografía describe el movimiento de correspondencia propio de la participación (Ingold, 2017), que se logra a través de las idas y venidas propias del contacto constante y sostenido entre etnógrafo y “nativos”, logrando la consecuente interpretación y ajuste a la perspectiva de éstos (Guber, 2001). Se trata de un proceso, probablemente extenso y lleno de imprevistos, que se caracteriza por flexibilidad y apertura. De ahí que resulte necesario entender la experiencia del etnógrafo, quien, como parte de los ajustes propios de la participación, ha de elaborar su posición con respecto al objeto de estudio.

Marcelo Berho, con casi dos décadas de trabajo etnográfico sobre la situación de calle en Chile, particularmente en Temuco, habla de la etnografía como enfoque. La entiende como:

... más que un instrumento metodológico para registrar y exponer textualmente la realidad social [...] que nos permite saber qué investigar y cómo hacerlo y también lo que podemos escribir y cómo escribirlo. Es también una actitud frente a los hechos, a las ideas teóricas y los métodos ortodoxos. Una posición frente al sentido común y el marco de valores del cual todos, sin excepción, arrancamos para hacer nuestras investigaciones (Berho, 2010, p. 35).

La toma de postura frente al sentido común propio hace que el enfoque etnográfico, de forma predilecta, facilite el cuestionamiento de la experiencia como forma de elaboración de conocimiento. Desde esta propuesta, los actores son practicantes de formas de conocimiento estructurado y refinado a través de sus experiencias vitales y culturales. Es a este acervo de conocimiento al que, como etnógrafo, busqué aproximarme; como sujeto cognoscente, soy yo quien ha de abrirme y exponerme con tal de entrar en contacto íntimo con ese otro mundo vivido, construido y sostenido por esas otras personas. Esto implicó, por una parte, reconocer a quienes habitan la calle como actores de su propia realidad y no como sujetos pasivos (Piña, 2010), por lo que tuve que moverme hacia ellos, aprender y aprehender esas perspectivas y formas de ser y hacer en el mundo con tal de producir una interpretación legítima, o mejor, con tal de evitar lo más posible las malinterpretaciones.

Para Ingold (2017) entiende que, parte de ese proceso trata de efectuar una aproximación entre el conocer y el ser en la persona del etnógrafo, que participa...

...del crisol de las vidas compartidas con otros [...] este conocimiento no consiste en proposiciones sobre el mundo sino en las habilidades de percepción y en las capacidades de juicio que se desarrollan en el curso del involucramiento directo, práctico y sensual con los entornos que nos rodean (p. 149).

Conocer, implica entonces, involucrarse de forma directa en el “flujo de actividades en las cuales uno lleva una vida, al lado de y junto con las personas y cosas que capturan la atención” (Ingold, 2017, p. 148). Me correspondió sumergirme como etnógrafo en ese otro mundo de manera intencionada, sin perder la atención de mi foco de interés, “sin desperfilarse de la trayectoria intelectual que precede a su trabajo”, dice Berho (2010, p. 31). Este doble juego de proceder “esquizocrónico” que menciona Ingold (2017), me permitió pensar en diferentes posiciones o formas de participar de la realidad que se quisieron describir e interpretar.

Fue necesario hacerme participante del devenir de la realidad-otra, junto con sus actores, lo que consistió “en unirse en correspondencia con aquellos con quienes aprendemos o entre quienes estudiamos” (Ingold, 2017, p. 153). Justamente, mi labor consistió en elaborar una experiencia dentro de esta realidad-otra, mediante una participación intencionada y la atención orientada a mis propósitos investigativos. Al respecto, para Camacho y Rodríguez (2019), quienes han sostenido trabajos etnográficos con PSC en Colombia desde hace casi una década, es a partir de entablar relaciones, o vínculos personales con las PSC que puede alcanzarse la comprensión de esa, “*su propia*¹ realidad social, en el contexto social y espacial en el que ella toma lugar” (p. 13). Así, el conocimiento que se produce desde el enfoque etnográfico toma fundamento en la relación con “otros”, al tiempo que se logra en función de “las diferencias y contrastes que el observador es capaz de visualizar y hacer inteligibles respecto de su propio mundo material, cognoscitivo y simbólico” (Berho, 2010, p. 35).

En ese sentido, la flexibilidad se tradujo en un proceso de correspondencia que implicó un cuidado constante sobre las operaciones necesarias para participar y construir el vínculo con mis interlocutores. Fue, en la reflexión sobre los juegos de interacciones y relaciones que se desplegaban ante mí, que pude cuestionar mis diferentes posicionamientos en el campo, en tanto migrante, voluntario, investigador y hombre. Así, lo que presento a continuación, evidencia mis aprendizajes al respecto, no solo a nivel metodológico (cómo lo hice), sino también como ejes de análisis que dan cuenta del campo mismo, de sus bordes, estructuras y texturas, que posibilitan o no la participación y ordenan el posicionamiento de los elementos en su interior.

1. Cursivas originales del texto.

Yo migrante: la pandemia y los ajustes recíprocos en la interacción

El trabajo de campo de la situación de calle en Chile implicó diferentes consideraciones y medidas que, debo reconocer, no siempre fueron premeditadas. La mayoría de las veces responden a aspectos contingentes de mi posicionamiento social y vital en la realidad chilena. Puntualmente, adelanté mi trabajo de campo en una zona reconocida por ser un punto de concentración de personas en situación de calle. Durante el tiempo que duró el trabajo de campo, la cantidad de PSC siempre osciló entre 15 y 30, de diferentes edades, aunque mayoritariamente eran hombres chilenos de entre 30-55 años de edad, con tiempos de permanencia variados, la mayoría contaba con entre 2 y 8 años en calle. Importante mencionar algunos casos extremos con apenas meses de haber llegado, y otros con más de 20 años en esta situación. El conjunto de PSC también presentaba diversas configuraciones grupales que variaban en número de integrantes (parejas, grupos), en su relación (familia, amigos, conocidos), en sus móviles y en las tareas que desarrollaban. En total, conté con la participación de más de 46 PSC, hombres y mujeres con quienes tuve la posibilidad de conversar, compartir, discutir e intercambiar cuidados.

En medio de una obligada distancia física, propia de la pandemia, caracterizada por videollamadas y saludos desde 2 metros de distancia, no es menor decir que mi aprendizaje de los rudimentos de la cultura chilena se diera, en buena parte, gracias al contacto frecuente y sostenido con nutrido conjunto de PSC con el que compartí barrio de residencia. La proximidad física de este conjunto, cuando no había nadie más en las calles y no era posible trasladarse a otras comunas resultó fundamental. Esto representó un claro condicionamiento a las posibilidades de producción de conocimiento, en tanto mi experiencia se vio configurada directamente por las posibilidades de movimiento restringidas por la pandemia, al tiempo que se conformó por la cercanía a mi vivienda. En ese sentido, es posible decir que un primer factor a tener en cuenta tiene que ver con la condición misma de habitante domiciliado, en un apartamento, condómino o casa, cuya materialidad misma representa condiciones para la etnografía que busqué desarrollar: al inicio solo importó tener cerca mi fenómeno de observación. Por cierto, mi salida en medio de la pandemia se logró gracias a un permiso especial emitido por la comisaría de policía local, que obtuve al hacerme voluntario de una fundación que trabaja con esta población.

Buena parte de mi trabajo de campo se dio durante la fase final de la pandemia, momento en el que, en Chile aún se sostenían fuertes restricciones de movilidad y el uso preventivo de barbijos o mascarillas. Si bien planteó serias dificultades para interactuar con otras personas, dado el miedo generalizado al contagio de COVID-19, no pareció operar de la misma manera para las PSC, quienes enfrentaron la pandemia a partir de una actitud mezcla de desentendimiento y resignación, como si la cosa no fuera con ellos o como si diera lo mismo cuidarse o no hacerlo. Recuerdo voces que

cuestionaban la existencia de la enfermedad, otras que la catalogaban como un mal que solo aquejaba a los ricos y que no llegaba a las calles, o que reconocían dificultades objetivas para la limpieza y el autocuidado².

Dado este marco, no era de extrañar que la gran mayoría de PSC con la que interactué resentía especialmente dos cosas: la soledad de las calles y el uso de mascarillas por parte del resto de población. De ahí que parecieran ubicarse desde una radical exclusión y abandono de parte de esta nueva sociedad del cuidado extremo, que no salía a la calle y de la que claramente no hacían parte más que como negación, algo también detallado por Piña (2020) en su momento. Su postura generalizada estaba en interpelar e incluso a negarse a hablar con cualquiera que llevara mascarilla, razón por la que mis interacciones iniciales resultaron ser altamente frustrantes y me llevaron a cuestionar si el simple hecho de portarla no me implicaba un inicio poco promisorio para mi trabajo de campo; si participar de este afán de autocuidado, aparentemente justificado, pero que les estaba vedado, y de hacerlo en frente de sus caras, no era reforzar la constatación de una diferencia insalvable entre dos vidas cuyo valor estaba (y aún está) siendo producido de manera desigual (Piña, 2020). Tras pocas semanas, y gracias al rápido avance en la vacunación que tuvo lugar en el país, pude optar por no portar la mascarilla en mis salidas, como una forma de reducir su rechazo y de facilitar otro tipo de interacciones, en las que primara el uso de la cara y se diera la posibilidad a la espontaneidad.

Este fue el escenario en que tuvo lugar buena parte de mi proceso de aprendizaje y adaptación en Chile. En mi caso particular, en tanto migrante colombiano recién llegado al Chile postestallido³ y pandémico, en pleno 2020, vi confrontadas nociones básicas de mí ser, desde hábitos alimenticios hasta mi propia percepción de seguridad y autosuficiencia. No quisiera subrayar demasiado las dificultades, de las que hablaré un poco más adelante. Prefiero dar cuenta de mi posicionamiento irremediamente *outsider*; no solo era un extraño para las PSC, sino también para cualquier otro habitante del país. Pero, más que un ajeno a la sociedad chilena, yo era leído como un riesgo para la seguridad y estabilidad local.

2. A propósito reflexiones sobre la pandemia y sus implicaciones para las condiciones de vida en calle, sugiero revisar los trabajos de Piña (2020), Rada (2021) y Ruiz (2021), entre muchos otros documentos que aparecieron durante estos años.

3. A finales de la década pasada, entre 2018 y 2020, en Chile tuvieron lugar una serie de manifestaciones sociales masivas que, si bien se concentraron en Santiago, también tuvieron presencia en todas las regiones del país, con motivo de una serie de descontentos ante problemáticas sociales relacionadas con el alza en el precio del transporte público, el funcionamiento del sistema de pensiones, de salud, así como la represión policiaca a la protesta, entre otras. A este conjunto interrelacionado de hechos que culminó con una propuesta de constituyente, se le conoce de manera común como estallido social y marca un contexto relevante para el presente trabajo.

Para Bachiller (2016), la desconfianza es una característica común en PSC, que podría entenderse como un mecanismo de supervivencia o como un sesgo en las maneras de relacionarse en un entorno de difícil previsión y con diferentes expresiones de violencia (Rosa y Brêtas, 2015). Su importancia no solo tiene que ver con evitar agresiones, sino también, con diferentes medidas de seguridad para los bienes y las oportunidades, siendo así que, aprender a identificar en quién desconfiar y en quién no, podría representar una importante ventaja. Desde mi condición de extranjero, yo era visto como una fuente de inseguridad y desconfianza, algo que, además, ha de leerse en intersección con mi posición sexo-genérica (como abordaré más adelante), de ahí que, no faltaran aquellos que cuestionaron mi posible relación con un cartel o alguna banda criminal. Incluso ya avanzado el tiempo y tras el desarrollo de vínculos estables, mi nacionalidad no desapareció totalmente como un elemento de mi identificación ante otros, más bien operaba bajo otros mecanismos, quizá más sutiles, pero decididamente presentes, como cuando decían algo “negativo” de los migrantes colombianos y, al verme cerca, se tomaban el trabajo de matizar lo dicho con un “pero no hablamos de usted” o “nos referimos a otros migrantes, los que no vienen a aportar al país”.

Mi condición de extranjería implicó un determinante cultural importante que marcó una distancia inicial que integré en mi presentación personal, de manera tal que les permitiera ver en mí alguien que necesitaba de explicaciones detalladas acerca de los temas más mundanos y cotidianos, aquellos que no habría que explicar a un local. Esto, sin dudas, fue de gran ayuda en mi proceso de compenetración, sin embargo, esta distancia también acarreó dificultades a nivel comunicativo, relevantes en la interacción con los locales. Esto me enfrentó a una angustia relativa a mi competencia comunicativa que pudo ser abordada de manera efectiva con la gran mayoría, pero que se tornó insalvable con otras PSC.

La interacción se torna espesa y angustiante porque debo pedirles que repitan una y otra vez lo que dicen. Los chilenos sí parecen entenderme a mí, más allá de que mi forma de hablar (cadencia, acento y expresiones) les sea extraña. De ahí que lo sienta como una dificultad encarnada en mí, yo soy la dificultad [...] así que me siento en franca desventaja, una que debo sortear todos los días y que cambia de un chileno a otro. A propósito de Marco⁴, él es uno de los que más me cuesta entender. Siempre habla muy rápido y noto que él se da cuenta de eso, así que, baja la cadencia un poco y a veces me repite sin que yo se lo pida (Bitácora 8, Santiago, 13 de julio de 2022, p. 47).

4. Hombre en situación de calle, de poco más de 30 años y con más de dos en calle.

La paulatina adaptación al dialecto acarreó también ajustes en las maneras en que fabriqué mi posicionamiento frente a mis interlocutores, buscando entablar comunicación fluida y simpatizar, proceso que fue correspondido con ajustes de su parte, dado como resultado un proceso de recíproco aprendizaje. La interacción mutua hizo que ambas partes tuviéramos cambios, muestras de mutuo reconocimiento de nuestra diferencia y del interés común.

Con frecuencia les preguntaba sobre sus expresiones coloquiales, sus chilenismos, e incluso adoptarlos de manera progresiva; al tiempo que ellos acoplaron cambios en su discurso y en su postura corporal, llevándoles a mirarme y establecer interacciones cara-a-cara para leer mis gestos y permitirme leer los suyos (otro efecto derivado de no emplear mascarilla). Estos ajustes fueron volviéndose imperceptibles conforme transcurría el tiempo que pasábamos juntos, y la interacción se hizo cómoda.

Yo voluntario: estabilizar el vínculo en medio de la pandemia

Como decía antes, durante mucho tiempo, las PSC fueron mi grupo de acogida en Chile, las únicas personas con quienes tuve contacto directo y presencial. Sin embargo, en un inicio, mi condición de persona domiciliada, esto es, alguien que no era habitante de calle sino de un departamento, marcó una distancia expresada en las miradas de extrañeza de su parte y en las correspondientes preguntas por mi razón para estar allí, con ellos, en lugar de estar en mi domicilio. La forma de salvar esta distancia estuvo en enmarcar mi interés a través de diferentes roles institucionalizados que hicieran más tolerable y comprensible mi presencia a los ojos de mis interlocutores. Así que me hice partícipe de una ruta de alimentación organizada por una junta de vecinos de un barrio cercano, lo cual facilitó mi presencia y sirvió para efectuar un primer reconocimiento de sus características y ordenamientos. Sin embargo, durante ese tiempo, mi relación con las personas habitantes del sector fue escasa, mi función se limitaba a dar alimento y algunos artículos de aseo nada más. Posteriormente, como voluntario de una fundación, me desempeñé de manera un poco más detenida, libre del esquema de la ruta de alimentos, pudiendo contactar y trabajar el vínculo con las personas en calle.

A nivel operativo, apoyarme en el programa de voluntariado de una fundación local me dio la posibilidad de resolver aspectos prácticos (Flores, 2009), tales como financiar y organizar rutas con frecuencia de una e incluso dos veces semanales: considero que una de las virtudes de esta forma de entrar al terreno como etnógrafo es que me fui convirtiendo en un elemento más del entorno, lo que invirtió la extrañeza inicial hacia mi persona. Me hice tan habitual que ahora mi ausencia les resultaba extraña. Ocupar el rol de voluntario permitió, entonces, lograr un contacto más estable, gracias a la existencia de un guion socialmente conocido que permite una comprensión más fácil para los nativos y les proporcionó una línea de acción previamente

estructurada; en este caso, se trató de una forma de interacción común y consabida que se desarrolla con cualquier otra persona que les visite y les proporcione algún tipo de ayuda.

En ese sentido, una vez estabilizada mi presencia y orientada mi participación en la realidad de la calle y sus habitantes, empecé a notar que mi pertenencia a la institución comportaba una serie de particularidades, que daban cuenta de los límites de mi lugar. Ejemplo de ello está en que las personas en calle me reconocían en tanto voluntario y dado que conocían de antemano a la fundación, sabían quién era yo y qué esperar de mí, marcando una primera instancia de respeto. Esto se traducía en una distancia que evitó que se sobrepasaran conmigo o con alguna otra persona que me acompañara, antes bien, nos trataban con cierta deferencia e, incluso, nos aconsejaban acerca de qué hacer y qué no, a quien evitar porque está “dando jugo” (está agresivo) y a qué lugares no ir, porque son peligrosos. De alguna manera, las PSC veían por mi seguridad y por el adecuado cumplimiento de mis labores, lo que contribuyó enormemente a consolidar una mínima sensación de seguridad que permitiera continuar el trabajo.

Puede sonar tautológico, pero es importante decirlo de forma concreta: cada una de las diferentes y sucesivas interacciones con las PSC delimitaban mi experiencia y lugar, marcando quehacer, orientándome, corrigiéndome, básicamente me enseñaron a ser voluntario y, cuando llegó el momento, pude enseñarlo a otros. En mi caso particular de extranjero, y contrario a mi gusto y opinión, tuve que aprender a ser llamado “tío”, que es la denominación que usan las PSC para referir a los asistentes sociales o a aquellos que hagan las veces de uno, enfatizando en la jerarquía entre las partes, favorable a quien ocupa el lugar de “tío”, al tiempo que buscan evidenciar cierta cercanía con esa persona, como si fuera alguien familiar con quien se tiene confianza y alguna vinculación. Al llamarme así me distinguían de entre todas las demás personas del lugar (transeúntes, otros voluntarios, otras PSC, etc.), al tiempo que me imputaban una jerarquía por sobre la suya y una obligación de asistencia.

Este moldeamiento de mi rol de tío también se hizo evidente en los roces y desencuentros, aquellos episodios en los que mi acción no se correspondió con las expectativas sobre mi labor y ellos me lo dejaron saber, haciéndome sugerencias en la comida, indicándome quién necesitaba ropa, medicamentos, etc. Esta información resultó relevante para mis observaciones y me permitió dar cuenta de las prácticas desplegadas para con la institucionalidad, como la gestión emocional de los tíos, que consta de todo el despliegue de esfuerzos por establecer y trabajar el vínculo, con tal de obtener algún tipo de favorabilidad o ventaja. Sin ir muy lejos, algunos hacían uso de aquellas características que, dado el marco social y cultural, entendían que podían ser presentadas como vulnerabilidades y que los ponía por delante de otros para obtener ayudas, tales como su avanzada edad, alguna restricción en movilidad, e incluso

su sexo, etc., al tiempo que usaban palabras de respeto y gestos de sumisión, como forma de resaltar mi posición y capacidad para ayudarles.

Un ejemplo es la siguiente entrada de mi diario de campo, en la que se aborda una situación que poco a poco se hizo habitual en mi quehacer como voluntario. En este caso, se trata del establecimiento de canales de comunicación y de las formas de relación que se dan a propósito del lugar del voluntario, enmarcado en la lógica de dar-recibir ayudas:

Recientemente, se abrió un nuevo canal de comunicación con Danilo⁵, se trata de *whatsapp*; desde que él logró obtener un celular funcional intercambiamos números de contacto. [...] Ayer, a media noche, recibí un mensaje suyo. Me contaba de Raúl⁶, quien había tenido problemas en el apartamento donde vive desde hace unos tres meses (apartamento facilitado por un programa de *housing first*), por lo que iba a volver a la calle. Danilo me consultaba por la posibilidad de que yo gestionara una carpa, algo de ropa y unas frazadas para que Raúl tuviera a donde llegar y no durmiera a la intemperie.

Con el inicio del día me dediqué a esta tarea, hablé con mis superiores en la fundación y rebusqué entre la bodega⁷ por cosas que pudieran serle útiles a Raúl. Hoy, que vengo a terreno, me dirijo a ver a Danilo, cargado de todo lo que logré conseguir. Hace frío y Danilo tiene resaca por beber la noche anterior. Me dice que no sabe a qué hora llegará Raúl, por lo que me sugiere que deje las cosas allí y él se las entregará. Como lo conozco hace tanto tiempo y sé de su apoyo para con los demás, no veo ningún inconveniente y accedo (Bitácora 11, Santiago, 10 de agosto de 2022, p. 57).

El anterior pasaje refleja buena parte de las facilidades con las que conté en tanto voluntario y que hicieron de mi posición, una con la capacidad de estar atento a las necesidades del grupo de beneficiarios objetivo y, conforme a ellas, gestionar recursos para brindar ayuda oportuna. El asunto es que las PSC lo saben. En este caso, Danilo, actúa conforme esta capacidad de gestión reconocida en mí y aprovecha el vínculo estable, producido a través de nuestros intercambios, para mantenerme al tanto de este tipo de situaciones, como la de Raúl y realizar solicitudes y sugerencias.

5. Hombre, 44 años de edad, 6 años en calle.

6. Hombre de más de 55 años, con más de 5 años en calle, que ha estado en programas de *housing first*.

7. La fundación arrienda una bodega en una de las torres de apartamento aledañas, donde se guardan carpas, ropas, alimentos no perecederos, elementos de salubridad, etc., que resultan de donaciones y compras.

No es mi intención renegar del papel del voluntariado en la configuración de la realidad de las PSC, antes bien, con mi equipo de trabajo, pudimos dar cuenta del papel fundamental que tienen funcionarios y voluntarios. El cual no se limita a servir como puertas de acceso a servicios sociales y aportar al establecimiento de rutinas y estrategias de supervivencia sin las que la vida en la calle sería mucho más difícil de lo que ya es; sino que, también, son cruciales en la confección de vínculos que sirven de soporte para estas personas, permitiendo consolidar redes de apoyo, ayudando a regular emociones, dando cuidados y, en general, aportando a estabilizar las vidas de muchas PSC (Zabala et al., 2024).

No obstante, como reconocen los trabajos de Salles (2016) en Montevideo, Ossandón (2015) en Viña del Mar, y Camacho y Rodríguez (2019) en Bogotá, la etnografía de la situación de calle desde el cobijo de una institución comporta márgenes para la experiencia del etnógrafo. Confinado en interacciones prefijadas y jerárquicas, que se apuntalan por las dinámicas de “dar y recibir ayudas”, difícilmente lograría adentrarse plenamente en los sentidos de las acciones y en el trasfondo cotidiano de la vida en calle. En parte, yo también me lo cuestionaba por anticipado, pero fue gracias a la escritura de mi diario de campo que afirmé y di forma a mi preocupación con respecto al tipo de relación que estaba sosteniendo.

Al ver esta escena [la mía dejándole a Danilo las cosas para Raúl], se me acerca Benito⁸ a preguntarme si acaso él puede tener una carpa también. Semanas atrás ya le había facilitado una carpa doble para Polo⁹, la cual veía allí mismo armada, en buen estado. En eso, caigo en cuenta de que me he convertido en una especie de juez, que tiene la potestad de decidir o no sobre la asignación de recursos y ayudas con base en el juicio de merecimiento y credibilidad que opera sobre la petición de las personas. Siento un escalofrío al respecto, pues el vínculo que tanto me he esforzado en construir tratando de tender hacia la horizontalidad se ha, finalmente, asentado en una asimetría ineludible en la que ellos piden y yo doy. Para mis adentros, lamento profundamente esto y lo veo como un signo de la naturaleza misma de la relación entre quienes habitan la calle y las organizaciones civiles, algo que me supera y que difícilmente puedo cambiar por ahora.

8. Hombre, de unos 45 años, con más de 20 años de permanencia en calle. En ese momento, era pareja de Cintya, mujer de unos 35 años con apenas un par de ellos en la calle, mismo tiempo que llevaba la relación. Ambos viven con Suna, su mascota, un perro cruce de bóxer muy amistoso y a quien cuidan como una *guagua* (bebé).

9. *Female-to-Male*, de unos 40 años. Amigo de la familia que vive con ellos desde hace un tiempo.

Ahí estaba Benito, pidiéndome ayuda para obtener una carpa ¿quién era yo para negar una ayuda que podía fácilmente gestionar? ¿Con qué autoridad podía decidir sobre las vidas de personas infinitamente más experimentadas y sabias que yo? Para poder seguir con mi día, decidí postergar esta reflexión para después (Bitácora 11, Santiago, 10 de agosto de 2022, pp. 57-58).

La posición de voluntario es una posición de poder, una en la que se tiene la potestad de decidir sobre las ayudas a brindar. Dar ayuda me llevó a construir algunos vínculos, sin embargo, no era el único tipo de vínculos ni el que prefería desarrollar para mi trabajo etnográfico. Es decir, la posición de poder permitió apreciar ciertas dinámicas con las que las PSC parecen familiarizadas en términos de hacer una lectura adecuada al contexto institucional, así como de obtener y usar las ayudas posibles. Pero también vi la necesidad de moverme de dicha posición de poder para lograr observar otros repertorios disponibles en la cotidianidad de estas personas. Al tiempo que entendí que mi presencia estaba marcada por la historia y las características mismas de la organización, por las lógicas centradas en el trabajo para superar la vulnerabilidad, por la necesidad de priorización y administración de los recursos, por el funcionamiento jerárquico de la organización, por sus promesas rotas y asuntos pendientes que recayeron en mí, junto con la desconfianza que algunas PSC habían consolidado hacia cualquier tipo de institucionalidad. Reconocer estas limitaciones me llevó a tratar de desmarcarme del rol de voluntario.

Yo persona: operar sobre el vínculo

Lograr un alto grado de correspondencia, tal como lo plantea Ingold (2017), es decir, de involucrarse de manera activa, no solo implica el acto de reconocer los ejes culturales y de poder que configuran la experiencia del etnógrafo en la realidad, sino que es necesario volcar la reflexión con tal de operar sobre ese lugar ocupado y realizar ajustes en la manera en que se es visto. En mi caso, constatar mi posición de poder, apuntalado por intercambios centrados en dar y obtener ayudas me permitió dar cuenta de cierto sistema de prácticas desplegado para este propósito, por lo que la información producida daba cuenta de las acciones y sentidos propios a la obtención de recursos y a las expectativas para con las instituciones y sus representantes. Pero para hacerme partícipe activo de otro tipo de relaciones, que me permitieran acceder a saberes y prácticas que suelen ocurrir en otros espacios y tiempos, en los que no están o no pueden acceder los “tíos”, era necesario lograr y sostener otro tipo de intercambios, así como otro nivel de confianza, uno que me exigió dar muestras frecuentes de cercanía, ya no desde el plano institucional, sino personal.

Poco a poco traté de asistir al lugar sin las señas habituales a mi rol de voluntario: dejé de usar algún tipo de identificación institucional y asistí solo, sin otros voluntarios, entendiendo que esto podría reafirmar posiciones preestablecidas en la interacción. Dejé de llevar alimentos y otros artículos, no sin antes asegurarme que mi posición hubiera sido cubierta por otra voluntaria, incluso cambié los horarios de mis visitas para tratar de establecer una agenda propia. De manera complementaria, guiado en parte por la intuición y en parte por lo aprendido en otros contextos, opté por cambiar la forma en que participaba, adaptándome a sus actividades comunes, a sus rutinas, esperando que me integraran como uno más. Actividades como comer en conjunto, fumarse un cigarro, ver pasar a la gente por la vereda empezaron a tener un contenido muy rico que no se limitaba a la satisfacción de necesidades fisiológicas. Por eso, poco a poco fui ajustándome a sus ritmos y formas de hacer: en lugar de llevarles comida, empecé a compartirla, sentado con ellos, a veces llevaba algunos panes y ellos hacían el café, e incluso logré comer la misma comida que otras fundaciones les aportaban, entendiendo el por qué siempre esperaban con ansias la ruta de alimento que hacía una iglesia cercana.

Es posible dar cuenta de mi proceso de inserción dentro de la lógica básica de la observación participante (Flick, 2007), en la medida en que mis diferentes roles y posiciones, más cercanas o lejanas de la institucionalidad, permitían diferentes grados de acceso, pasando de lo descriptivo, a lo localizado y llegando a una lógica selectiva, además de proveerme de perspectivas particulares de las múltiples capas que componen la realidad de las PSC.

Con el tiempo, me vi inserto en relaciones que permitieron el intercambio de saberes y prácticas como algo común, logrando una confianza básica tejida y fortalecida por cierta horizontalidad que, sin ser total, sí facilitaba hablar con ellos de temas más personales, de opiniones y de formas sentirse frente al día a día. Fui capaz, no solo de integrarme a conversaciones mundanas, como del resultado de los partidos de fútbol de la liga local, del sabor de la comida que llega de parte de las fundaciones, de las predicciones del clima, de la mejor marca de cigarrillos, de actualidad política, de lo mucho que les molesta que los “tíos” les despierten con sus rutas de comida, entre otras cosas. También dejé de ser un “tío” más y logré ser “el Juan” o “Juanito” como algunos me llamaban de cariño.

Este nuevo lazo, más cercano, exigía también cierta reciprocidad en cuanto a la información revelada, que no operaba tanto de manera instrumental sino a nivel personal y afectivo: no se trataba solo de mi disposición de escucha, como investigador, sino que requerían de mi disposición para escuchar sus problemas y preocupaciones sinceras, e incluso para contar acerca de mí mismo, dando forma a un acuerdo de mutuo intercambio que implicaba cierto develamiento ante el otro. Contar sobre uno puede entenderse como una forma de mostrarse vulnerable ante los otros y, al mis-

mo tiempo, de instalar la conversación como una práctica segura, que considero que toma una profundidad mayor dada la dificultad para lograr relaciones profundas y trascendentes en medio de la calle (Bachiller, 2016; Rosenthal, 1994). Con buena parte de mis interlocutores, en especial con algunos hombres, se logró este intercambio de confianzas, el cual tomé como un claro gesto de correspondencia y una forma de relacionarme de manera honesta ante ellos, para que no fueran los únicos que eran vistos y eran sujetos de preguntas, sino que también pudieran verme y cuestionarme, y ciertamente lo hacían, querían saber cosas simples, como de mi opinión sobre Chile, pero también accedían a información íntima, sobre mi familia, mi pasado y mis anhelos.

Yo hombre: de la desconfianza al intercambio de respeto

Mi experiencia etnográfica da cuenta de una posición en el entramado de género, siendo este uno de los vértices principales de estructuración de las posiciones y jerarquías en la sociedad de la calle. Ser leído como hombre, inicialmente, no parecía tener mayores complejidades. Es cierto que pude salir a calle con el respaldo de la fundación y sin necesidad de algún acompañante, en buena parte, debido a mi posición de género. Algo que Camacho y Rodríguez (2019; 2022) cuestionan desde las nociones tradicionales de hombre y mujer con respecto a sus dominios espaciales, entendiendo que la presencia de mujeres en la calle es algo que rompe con lo tradicionalmente establecido, por lo que son vistas desde la anomalía y se señala su necesidad de protección. No opera igual por parte de los hombres, siendo esta una primera característica que condiciona de manera diferente la presencia de investigadores e investigadoras en calle.

Según Guber (2001), no solo la presencia, sino también las posibilidades de producción de conocimiento responden a posicionamientos producidos según dominios de habla y de acción ajustados a las configuraciones de género y que, por lo tanto, marca las maneras en que se es incorporado en el campo, esto es, a partir de categorías locales de género. En consecuencia, ser leído como hombre tiene implicaciones en la configuración del cuerpo y de la persona, que es circunscrita bajo una serie de expectativas, incluso contrapuestas, acerca de las formas de ser normativamente orientadas por modelos de masculinidad o feminidad (Ferreiro y Ermocida, 2019).

Dado el lugar ocupado dentro de la matriz socio-genérica, las relaciones se lograron de manera diferencial: de forma mucho más rápida y fluida con otros hombres, especialmente solteros, mientras que requirió de mayor tiempo y esfuerzo trabajar con hombres en pareja y, en todo caso, la confianza nunca fue lo suficientemente sólida como para lograr alguna entrevista a una mujer, a no ser que fuera en presencia del hombre. Esto habla, claramente, de lo que está permitido hacer y lo que no desde la posición de género asignada y ocupada, configurando una clara limitación ante la

información que es posible obtener de las mujeres en PSC. Algo que en otras oportunidades manejé a través de la intermediación de mujeres en mi equipo de trabajo.

Como bien lo reconocen Camacho y Rodríguez (2022) y Ferreiro y Ermocida (2019), los juegos de expectativas de género conforman la idea de una masculinidad, tomada por hegemónica, que funciona como relato que articula y ordena la jerarquía social prevalente. Al respecto, coincido con las autoras en que, esto no limita la posible configuración de otras masculinidades, quizá alternativas sin embargo, es posible evidenciar una serie de prácticas y disposiciones que (re)producen un correlato de dominancia favorable para quienes se ubican o son ubicados dentro de la masculinidad hegemónica que impera a nivel local (Camacho y Rodríguez, 2022). Es por esto que, al tratarse de formas específicas desarrolladas localmente, no basta con ser ubicado bajo este libreto prefijado, sino que es necesario aprender y desplegar performativamente con suficiencia las capacidades y disposiciones básicas de competencia por los recursos, de protección de otros y de defensa del lugar, posesión y privilegio. Para lo cual se recurre a diferentes formas de agresión, que pueden tener funciones preventivas, reactivas e incluso instrumentales con tal de demostrar dominio y sostener la jerarquía alcanzada aquí y ahora.

A lo largo de mi trabajo de campo pude apreciar que las formas de relacionarse entre hombres en calle estaban mediadas por amenaza de agresión que representa el otro, por más amigo que sea, lo que siempre me hizo pensar en el trabajo de Elías (2015) acerca del desarrollo de maneras corteses que permitían regular la agresión y lograr cierta convivencia civilizada. En múltiples conversaciones, PSC hombres y mujeres me hablaron de la importancia de respetar y hacerse respetar, siendo este el centro de una relación buena, equilibrada y duradera en calle. La primera, respetar, parte del reconocimiento y toma de distancia preventiva (distancia física y simbólica) con respecto a la posición y las posesiones de otro, como una forma de evitar ser tomado como un peligro. Con Simmel (2014) es posible entender que los objetos poseídos son extensiones de la personalidad y que, cualquier afectación a estas es, también, una posible limitación a las posibilidades de acción de la persona. En este caso, el respeto se extendía no solo a objetos, sino también a personas, especialmente a mujeres que en la mayoría de los casos permanecían resguardadas dentro de las carpas, ocultas a la mirada de otros hombres. En mi caso, debí aprender las formas puntuales de mostrar respeto, marcando la distancia de forma clara, para así, trabajar mi presentación frente a los ojos de mis participantes y evitar ser tomado como un peligro.

En cuanto a la segunda, hacerse respetar comprende una serie de acciones orientadas a demarcar los límites de lo aceptable según valores y acuerdos generales y las disposiciones individuales. Lo importante, me dijeron Danilo y Marco, es hacerse respetar, que para ellos consiste en una de las bases del contrato social: tal como ellos no se meten con nadie (respetan), esperan que nadie se meta con ellos (los respeten)

y que para mí se tradujo en ostentar un dominio a partir de actos explícitos sobre el territorio habitado, que permitieran demostrar autonomía, independencia y control, tal como lo plantea Frangella (2010), similar al “mostrarse guapo” de Ferreiro y Ermocida (2019) o al “pararse duro” de Camacho y Rodríguez (2022).

Entendí entonces que a esto se refería Marco cuando habló del respeto: tanto ser respetado como hacerse respetar. Marco tiene un papel importante en la disputa del territorio. En otra ocasión, él me había comentado de sus cualidades físicas y su habilidad para la pelea, presumió saber artes marciales y que esto era algo relevante al momento de cuidar de sus amigos. Es decir, Marcos defiende el territorio, a sus amigos y sus pertenencias y eso lo ubica arriba en la jerarquía del sector, por eso él se arroga la función de protección y control del lugar (Bitácora 8, Santiago, 13 de julio de 2022, p. 48).

Es importante establecer que este dominio presenta variaciones con respecto al género: aunque todas las PSC están bajo la exigencia de hacerse respetar, para aquellas personas que son leídas como femeninas, la exigencia se centra en el dominio sobre su cuerpo mismo y se traduce en la disponibilidad para el acceso sexual, planteando allí posibles usos estratégicos para obtener algo de seguridad (Meyer, 2015; Zabala-Sandoval, 2022), mientras que para aquellos entendidos como masculinos, la expectativa recae en conservar y extender su dominio sobre su propio cuerpo y sobre el de otros (Camacho y Rodríguez, 2022; Segato, 2003), siendo esto prueba de su masculinidad y forma de apuntalar su jerarquía. Esto no quiere decir, de ninguna manera, que las mujeres no puedan ejercer algún tipo de agresividad (Frangella, 2010), pero sí plantea marcos de significación relativos al género que deben actualizarse en cada caso.

Ejemplo de ello está en un pasaje de entrevista a Jazmín¹⁰, que desde su posición femenina, comprende el uso de la agresión como forma de frenar un intento de acceso sexual no deseado.

Jazmín: A veces teníamos que *defenderlo*, porque a veces habían gente mala. Por ejemplo, lo que me sucedió a mí, que me, me tocaron el cuerpo, y yo tuve que... [pausa corta] que pegarle unas *puñalás* al loco, porque en realidad, si no le cortaba la mano, o sea, no se la corté, pero me refiero si no se le pegaba, no se le hacía nada, lo iba a volver a hacer, no solamente conmigo, con otra niña. Entonces, como a lo mejor lo hacía, y *nadien* le dijo nada (Jazmín y Mauricio, entrevista, Estación Central, 2022, p. 6).

10. Mujer, de 56 años, con más de 25 años de permanencia en calle.

Jazmín no solo da a entender que el respeto es necesario ganárselo, marcando límites ante las acciones de los demás; una relación entre lo que se está dispuesto a soportar y lo que se está en capacidad de hacer al respecto. Pero, no se detiene ahí, sino que enmarca su agresión no solo como defensa de su integridad, sino como un acto de defensa de otras mujeres. Respetar y hacerse respetar son dos caras de la misma moneda. Prácticas que operan sobre los cuerpos en calle, acarreado formas calculadas para tratar de evitar el combate o para ganar ventaja cuando llegue el momento, por ejemplo, se mira fijamente, se delimitan con claridad las fronteras del dominio defendido, se advierte con gritos, se expande el cuerpo de parecer más grande y más temible de lo que es, casi como si avisara a su contendiente de lo que le espera.

En ese sentido, es posible repensar la desconfianza, tan habitual de parte de las PSC (Bachiller, 2016), que, desde la dimensión de género, cobra una nueva complejidad cuando el que desconfía es hombre o mujer y cuando el objeto de desconfianza, conocido o extraño, es justamente masculino, en la medida en que su percepción y atención se encuentra socialmente condicionada con tal de evaluar constantemente posibles faltas de respeto y demás riesgos que pongan en jaque su lugar de dominio y, por tanto, sus posibilidades de acción. Ejemplo de ello está en la postura de Danilo, en la que articula su disponibilidad para relacionarse, a la vez me advierte los límites de su dominio: “Social, yo soy súper sociable. Yo me relaciono con todos, pero yo no permito que vengan a mi espacio. A mi espacio no viene nadie” (Danilo, entrevista, Santiago, 17 de junio de 2022, p. 10).

De allí que, el proceso de producción de confianza esté fuertemente atravesado por la lectura acerca de la peligrosidad que el otro pueda representar¹¹. Un simple gesto malinterpretado o un acto levemente descuidado puede dañar el proceso de meses, tal como ocurrió con Rita, una mujer de unos 50-55 años, que duerme en una carpa doble, en medio de una plazoleta, rodeada de un grupo de hombres también de avanzada edad.

Es bastante reservada y desconfiada, anteriormente la había visto vendiendo artículos de aseo personal en una de las veredas cerca de la plaza, supongo que es una forma de obtener dinero y de cuidar de sus pertenencias al mismo tiempo. [...] Traté de dialogar con ella, le expliqué mi investigación como pude, dado que me daba pocas oportunidades de hablar sin ser interrumpido. Me solicitó mi identificación, la cual le enseñé. [...] Al final, logré que me explicara ordenadamente su molestia, le brindé un té y la escuché con calma. Entendí que su prevención hacia mí no era por mi actividad de

11. No en vano, justamente se ha mostrado la alta vulnerabilidad ante agresiones reconocida y experimentada por de parte de mujeres (Zabala-Sandoval, 2021) y población LGBTI (Rada, 2021).

investigación, eso la tenía sin cuidado, tampoco era por el hecho de que yo fuera o no psicólogo¹², aunque le desconcertó que yo me viera tan joven y desarreglado. Su molestia se basaba en que yo soy hombre y extranjero. Así lo reconoció en dos momentos. En uno, dijo molestarle los venezolanos y colombianos que vienen por tres meses a quedarse en el país y traen inseguridad para las mujeres, en general. En otro, me habló de cómo ella, en particular, siente inseguridad al estar rodeada de hombres (Bitácora 2, Santiago, 7 de junio de 2022, p. 17).

Rita es vista por sus vecinos de plaza como una persona huraña y poco fiable. Incluso me recomendaron alejarme de ella, debido a ‘su mal carácter’, sin embargo, poco a poco entendí que todo se trataba de una serie de estrategias que ella efectúa con tal de asegurarse a sí misma y que funcionan como capas superpuestas. Por un lado, no suele alejarse de su carpa, ni si quiera para vender cachureo. Es bastante reservada en su trato con otras personas, tanto PSC como ‘tíos’ de las fundaciones o de la municipalidad. Tan solo vi que cambiara su patrón de desconfianza con otras mujeres.

Continúo con Rita:

Siguiendo su versión, ‘le han pasado cosas terribles y ha visto cosas terribles.’ ‘Ha vivido en muchas partes y siempre ha vivido con inseguridad por ser mujer.’ Pero, con eso y todo, asegura que la plazoleta le brinda cierta estabilidad y que prefiere quedarse ahí, donde no le importa a nadie, en vez de arriesgarse en otro lugar y ser agredida por ser mujer. En eso, me reveló que suele pedir doble ración de comida a las fundaciones y ropa para ella y para hombre, con tal de que todos piensen que tiene pareja y así sentirse más segura – esto lo cotejé con los apuntes de mis primeras salidas a terreno de hace casi un año y efectivamente encontré peticiones de ropa para ella y para su supuesta pareja, un hombre llamado Emanuel –. Luego de esto, me quitó la mirada y se distanció, como si me hubiera revelado algo que no debía. Entendí que lo mejor era retirarme (Bitácora 2, Santiago, 7 de junio de 2022, p. 17).

12. Me resultó interesante el hecho de que muchas PSC reconocieran cierta predisposición para con los profesionales de psicología. Algunos incluso me dijeron que no querían tener nada que ver con psicólogos, lo que me llevó a tener que dar largas explicaciones acerca de mi formación profesional e, incluso, en muchas otras oportunidades, a ocultar mi profesión, diciendo que era estudiante de ciencias sociales o simplemente investigador.

Por un instante pareció que Rita confiaba en mí lo suficiente como para develarme sus estrategias, pero, tras caer en cuenta de ese acto de exposición, volvió a cerrarse y nunca más se volvió a abrir conmigo. Por el contrario, marcó aún más su distancia para conmigo y me evitaba siempre que era posible. Por mi parte, entendí que mi trabajo de investigación podría incluso representar una afectación para ella, en la medida en que mis preguntas la pudieran poner en evidencia para con otros, eso podría implicar un verdadero riesgo para su estabilidad diaria y para la convivencia que había logrado mantener durante años con sus vecinos de plaza. Es en ese marco que la estrategia de Rita de inventar una pareja resulta relevante, pues muestra que, más que un hombre, quizá solo haga falta el rumor de tener la protección de uno (sus vecinos de la plaza no sabían decirme si en efecto ella tenía pareja o no). Pero también habla de la habilidad para gestionar emocionalmente a quienes aportamos algún tipo de ayuda. Pues con su pareja inventada podía obtener el doble de recursos.

Dado esto, el etnógrafo que, como en mi caso, se presente y sea leído como hombre en la estructura social y de género, ha de ubicarse dentro de un refinado tejido de intercambios de gestos, que pueden ser leídos como respetuosos o no, y que, en todo caso, condicionan su postura con respecto a otros y sus posiciones en la estructura social de género. Esto implica una constante autovigilancia acerca de las posibles faltas de respeto efectuadas y recibidas, que es algo a lo que el etnógrafo no puede estar ajeno y que aprendí a través de interacciones y ajustes recíprocos cotidianos que me valieron más de una llamada de atención, como con Rita.

Este aprendizaje implicó incorporar a mi intuición la capacidad para identificar diferentes escenarios, como cuándo podía hablar con una mujer y cuándo no, cuándo debía mantenerme firme ante otros con tal de no perder el respeto que me habían adjudicado, cuando era prudente ceder e incluso cuándo debía apoyar en el cuidado de las mujeres y cuándo podía mostrarme vulnerable ante otros sin perder mi status, entre otros. Funcionar bajo estas premisas implicó un grado de correspondencia que se explica a partir de la incorporación de buena parte del sistema de género que opera en la vida en situación de calle. El mismo que me indicaba que mis contactos y vínculos desarrollados estaban observándome y que no tolerarían un paso en falso con respecto a mi posición en el entramado de género. Es por esto que, de todos los roles que he declarado en este artículo, éste fue, quizás, el más demandante. Pues se me exigía, en tanto hombre, la capacidad de responder de manera efectiva, de proteger y hacerme responsable por mis acciones y seguridad y las de quienes me acompañaban: compañeros/as de investigación que me asistían, otros voluntarios/as, otras PSC, eso era indistinto.

Conclusiones

Los aspectos planteados en este texto sirven para dar cuenta del proceso reflexivo que acompañó la elaboración de mi lugar dentro del campo de situación de calle. Mi trabajo de investigación se dio a partir del juego de posiciones que ocupé: de extranjero, domiciliado, voluntario, hombre, etc., por lo que mi proceso de compenetración y participación no se entiende sin estas coordenadas. Éste es un punto en común con el trabajo de Camacho y Rodríguez (2019), para quienes la entrada en campo implicó el cuestionamiento, de entre otros, los marcos institucionales desde los que, en primera instancia, conocieron la calle, para, luego, tratar de producir su posición como investigadoras dentro del campo y así “acceder a relatos o entablar conversaciones, [allí en...] aquellos espacios donde la experiencia callejera cobra vida (p. 17).

Las autoras entienden que hablar con las PSC como pares y abrirse a conocer las calles con ellas permite conocer y comprender la vida en la calle desde la calle misma, es decir, desde el cúmulo de experiencias, sentidos, saberes y prácticas que dan forma a la idea de calle y que permite vivir o hacer de esta un lugar para vivir. En ese sentido, lograr vínculos personales a partir de la reciprocidad, la apertura y la horizontalidad fue algo central en mi proceso. Esto no lleva a olvidar o desconocer que, para algunas de las PSC, yo seguía siendo visto como un representante de una institución, como un extranjero más o simplemente como un *outsider*. Antes que negar la posición ocupada o dejarse congelar por la extrañeza, creo importante acoger la recomendación de Guber (2001) y de tantos más, y hacer de estas tensiones de las que uno se hace partícipe, ejes del análisis mismo, con tal de trabajar acerca del lugar ocupado y de los vínculos construidos y entender que, mi lugar, en tanto etnógrafo, no se constituye de manera anticipada a la investigación misma, sino que se va forjando al calor del trabajo de campo en la calle.

En ese sentido, no se trata solamente de cuestionar los roles ocupados y de reflexionar acerca del cómo soy visto por esos otros a los que intento aproximarme desde mi explícita y asumida otredad, sino de sostener un proceso de compenetración, de participación activa, que lleve a producir efectivamente un yo que ya no sea totalmente ajeno, sino que sea reconocido y validado. Etnografiar la situación de calle implica, de una u otra manera, poner el propio cuerpo en medio de múltiples relaciones de poder, de género, etc., que dejan huella sobre la propia persona que etnografía y, sin las cuáles, sería inverosímil intentar producir conocimiento sensible y comprometido al respecto.

Planteo entonces que, si bien, la etnografía pasa por un ejercicio de conocimiento que se da a partir de relacionarse activamente con otro y de cuestionar la matriz de prenociones con las que leemos el mundo, esto difícilmente se lograra si no se plantean y sostienen relaciones cara-a-cara, que se experimenten como espontáneas y genuinas, en las que el investigador se vea transformado. No solo su perspectiva se

ha de ver alterada, sino que también se desarrollan diferentes niveles de implicación, puede que social, política e incluso afectiva y vital. El etnógrafo ha de asumir el reto de saberse en continuo cambio, incluso de hacerse un extraño para sí mismo, debe de lidiar con el desarrollo de vínculos, que, dadas las condiciones de la vida en situación de calle, se caracterizan por su fragilidad y volatilidad. Vínculos que requieren mucho trabajo, que necesitan de ajustes necesarios para cada individuo, por lo que está la exigencia de esfuerzo y atención para flexibilizar y adaptar horarios y actividades a cada caso y de involucrarse en sus realidades particulares.

En mi caso, la confección de mi lugar en la vida en situación de calle me permite dar cuenta del establecimiento de relaciones recíprocas de intercambio en las que incluso mi estado de salud, mis intereses y preocupaciones eran discutidas. Compartí temores y sueños, al punto de poder sentarme a compartir comida o un cigarro mientras mirábamos a la gente pasar de un lado a otro. Se construyó una relación que, según ellos mismos me decían, no se logró con ningún otro voluntario o “tío”, y de apoco empezaban a llamarme con palabras de cariño, me esperaban con regalos, me animaban, me cuidaban e incluso me retaban [regañaban] cuando me veían desanimado, enfermo o descuidado. Para mí, esta apertura para relacionarme e implicarme en la vida de otros me llevó compartir sus alegrías, sus gestos de cariño para conmigo y con otros, llevó a verme en medio de sus riñas, a ser testigo de sus desesperanzas y a vivir la perplejidad que deja su ausencia en la vereda. Bien sea porque lograban retornar a casa, porque eran desplazados o apresados por las ‘fuerzas del orden’ o porque habían muerto al interior de su carpa, como ocurre con tantos otros, al punto de ser algo característico de la situación de calle (Piña, 2020). Todas estas eventualidades, contribuían a producir ausencias que se sentían fuertemente y que eran, para mí, imposible no notarlas en medio de la vereda, ahora vacía.

A propósito, considero que el papel de las emociones y sentimientos es, quizás, uno de los aspectos más descuidados de la experiencia etnográfica. Si bien Guber (2001) establece con firmeza la relevancia de reflexionar y darles lugar desde una dimensión personal, también es cierto que es un trabajo pendiente que devela las diferentes intersecciones de quien etnografía la situación de calle, desde lo que las emociones y sensaciones (especialmente más allá de la vista) le permiten analizar. En esa línea, pensar, en el temor sentido por mí y mis acompañantes podría dar luces acerca de las diferentes formas de evaluar el peligro, o reflexionar en la enorme importancia que en mi caso tuvieron las ausencias y muertes de PSC, al punto que mi trabajo de campo terminó cuando no pude contener más dolor tras uno de los decesos, permitiría contrastar la apatía con la que el conjunto entero de PSC pareció enfrentar esta situación. Probablemente, el peso de invisibilizar a la persona del etnógrafo como pretensión de guardar la “distancia” y alcanzar mayor “objetividad” y “legitimidad académica” (Marcus y Cushman, 2003) sea algo que evite emergencia

de análisis y perspectivas críticas y de gran profundidad que maticen el conocimiento que se construye a propósito de las vidas cotidianas que ocurren en las calles.

Mi trabajo permite seguir la estela de otras investigaciones y sumarme al cuestionamiento de la inocuidad de quien investiga, por consiguiente, a presentar crítica a partir del involucramiento con aquellos a quienes se investiga. Con ejemplo en Esguerra Muelle (2019), debo reconocer y resaltar el compromiso establecido con las personas que me acogieron en calle, especialmente, a partir de las relaciones de cuidado. Es en el acto de cuidar y en el hecho de ser cuidado que logré establecer vínculos realmente relevantes a nivel humano. En mi caso, aunque he hablado de lo importante que fue desmarcarme como voluntario, también debo reconocer que fue desde esta posición que logré gestionar diversas ayudas que me permitieron aportar activamente al tejido de redes de apoyo multilaterales.

Considero que es uno de los horizontes posibles a los que puede aspirar aquel que haga etnografía de la situación de calle, confeccionado por una compenetración de sus roles, asumidos o asignados y que da cuenta de formas de relacionarse conscientes y consistentes con las exigencias propias del campo. Por todo ello, reconozco el valor de la figura del “*buddy researcher*” de Snow y Anderson (1993), como aquel que configura su presencia a través de intercambios regulares, puede que institucionalmente enmarcados, lo que da la posibilidad de acompañar y ayudar ocasionalmente a suplir pequeñas necesidades, al tiempo que busca tejer relaciones personales, si es posible, de amistad, con tal de ser un escucha atento y empático para sus opiniones, sentimientos y esperanzas.

A su vez, es importante dar cuenta de que lo contado en estas páginas colinda con experiencias de violencia en diferentes niveles, violencias presenciadas, experimentadas y cometidas. Desde mi posicionamiento como *outsider*, que puede leerse como una forma de colonialismo epistémico, pasando por haber observado relaciones caracterizadas por diferentes formas de explotación, de violencia simbólica y sexual entre PSC, hasta haber vivido hostigamiento y estar en medio de riñas, la etnografía de la situación de calle es, de alguna manera, una etnografía de la violencia sufrida por el etnógrafo, en cuerpo propio o ajeno, siempre desde sus categorías de clase, raza, nacionalidad y género (Moncrieff, 2024). Esas violencias que para mí son relevantes y que permiten levantar análisis, me eran narradas como si fuera la cosa más normal, pues para las PSC era simplemente algo parte de la vida en calle, nada sorprendente. Antes bien, para algunas, como Rita, el peligro y el violento era yo. Considero que es necesario continuar en esta línea de reflexión acerca de la violencia inherente a la etnografía misma en entornos considerados de alta vulnerabilidad y peligrosidad y acoger una agenda de investigación de la situación de calle que evite la reificación de perspectivas de incapacidad, carencia, enfermedad social e inadecuación social. En su lugar, investigar la situación de calle desde la calle misma, esto es, desde los

sentidos y prácticas que se producen y movilizan allí parece un horizonte promisorio y que ha venido tomando forma en nuestro continente, con trabajos como el de Bachiller (2010), Piña (2019), Camacho y Rodríguez (2019) o Cunda y Silva (2020), que levantan serios cuestionamientos sobre la tradición investigativa del tema y realizan propuestas relevantes y actualizadas para su abordaje actual.

Nota

Artículo derivado de mi trabajo de tesis de doctorado en ciencias sociales por la Universidad de Chile, titulada "Individuación en personas que habitan la calle. Pruebas, soportes y prácticas de habitar las calles de la comuna de Santiago", que se realizó con apoyo de Anid programa Fondecyt regular folio N° 1221211.


Referencias

- Anderson, N. (1923). *The Hobo. The sociology of the homeless man*. Univ. of Chicago Press.
- Bachiller, S. (2010). El aislamiento social como supuesto articulador de las teorías sobre la exclusión y el sinhogarismo: críticas y aportes etnográficos. *CUHSO*, 19, 9-21. <https://doi.org/10.7770/cuhso.v19i1.305>.
- Bachiller, S. (2016). 'No nos une el amor, sino el espanto'. Indagando etnográficamente la sociabilidad al interior de un grupo de personas en situación de calle. *Etnografías Contemporáneas*, 2 (3), 84-106. <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/etnocontemp/article/view/418/388>.
- Berho, M. (2010). Dos relatos, un análisis y un excursus sobre las identidades y la relación con la ciudad entre los "moradores de la calle" en Temuco, Chile. *CUHSO*, 19, 23-36. <https://cuhso.uct.cl/index.php/CUHSO/article/view/300/286>.
- Camacho, N. y Rodríguez, C. (2019). Etnografía callejera: Una propuesta desde las calles de Bogotá, Colombia. *Civitas-Revista de Ciências Sociais*, 19, 11-27. <https://doi.org/10.15448/1984-7289.2019.1.30910>.
- Camacho, N. y Rodríguez, C. (2022). "Masculinidades callejeras": construcciones sociales de género en Bogotá desde una perspectiva femenina y feminista. *Debate feminista*, 63, 103-126. <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2022.63.2318>.
- Cunda, M. y Silva, R. (2020). Me chamam rua, população, uma situação: os nomes da rua e as políticas da cidade. *Psicologia & sociedade*, 32, 1-17. <http://dx.doi.org/10.1590/1807-0310/2020v32223876>.
- Elías, N. (2015). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica.

- Esguerra Muelle, C. (2019). Etnografía, acción feminista y cuidado: una reflexión personal mínima. *Antipoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (35), 91-111. <https://doi.org/10.7440/antipoda35.2019.05>.
- Ferreira, A. y Ermocida, N (2019). Hombres en situación de calle. Masculinidad(es) en juego y redes vinculares. *Revista Debate Público. Reflexión de Trabajo Social*, 9(17), 73-84. http://trabajosocial.sociales.uba.ar/wpcontent/uploads/sites/13/2019/09/11_Ferreiro.pdf.
- Flick, U. (2007). *Introducción a la Investigación Cualitativa*. Ediciones Morata.
- Flores, R. (2009). *Observando observadores: Una introducción a las técnicas cualitativas de investigación*. Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Frangella, S. (2010). *Corpos urbanos errantes: Uma etnografia da corporalidade de moradores de rua em São Paulo*. Fapesp.
- Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Grupo editorial Norma.
- Ingold, T. (2017). ¿Suficiente con la etnografía!. *Revista Colombiana de Antropología*, 53(2), 143-159. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0486-65252017000200143.
- Marcus, G. y Cushman, D. (2003). Las etnografías como textos. En C. Geertz, J. Clifford et al. (comps.). *El surgimiento de la antropología posmoderna*, (pp. 171-213). Gedisa editorial.
- Meyer, S. (2015). Examining women's agency in managing intimate partner violence and the related risk of homelessness: The role of harm minimisation. *Global Public Health: An International Journal for Research, Policy and Practice*, 11(1-2), 198-210. <https://doi.org/10.1080/17441692.2015.1047390>.
- Moncrieff, H. (2024). Violencia etnográfica. Sobre la visualidad de los jóvenes en barrios “peligrosos”. En L. Montes de Oca Barrera, M. Meneses Reyes y M. Amaro Rosales (comps.). *Entre lo ordinario y lo extraordinario. Estrategias metodológicas para la investigación social cualitativa* (pp. 158-188). Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales. <https://ru.iis.sociales.unam.mx/>.
- Ossandón, J. (2015). *Entendiendo al vagabundo dentro de la ciudad: el caso de viña del mar* [Memoria de pregrado]. C. Cerda (Dir.), Antropología social. Universidad de Chile. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/142163>.
- Piña, L. E. (2010). Calle y casa. Aprontes teóricos para una comprensión de la situación de calle desde sus actores. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 9(26), 315-336. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682010000200015>.

- Piña, L. E. (2019). 'Así ocupo un lugar'. Situación de calle y las otras formas de habitar la ciudad en Chile y Uruguay. *Estudios Atacameños*, 63, 105-130. <https://dx.doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2019-0027>.
- Piña, L. E. (2020). Muerte en situación de calle. Un ensayo sobre personas, pandemia y (des) protección. *Cuadernos Médicos Sociales*, 60(2), 79-91. <https://cuadernosms.cl/index.php/cms/article/view/142/133>.
- Rada, F. (2021). Condiciones de vida de la comunidad LGBTI en la pandemia covid-19. *Revista cuestión urbana*, 4 (8/9), 109-120. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/cuestionurbana/article/view/6184>.
- Rosa, A. S. y Brêtas, A. C. P. (2015). Violence in the lives of homeless women in the city of São Paulo, Brazil. *Interface – Comunicação, saúde, educação*, 19(53), 275-285. <https://doi.org/10.1590/1807-57622014.0221>.
- Rosenthal, R. (1994). *Homeless in Paradise. A map of the terrain*. Temple university press.
- Ruiz, A. (2021). Covid-19 en una familia en situación de calle. *Revista mexicana de sociología*, 83(spe2), 193-220. <https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2021.0.60173>.
- Salles, S. (2016). *Caminantes: aproximaciones etnográficas a personas en situación de calle en Montevideo*. Trabajo de grado de Antropología. Instituto latinoamericano de arte, cultura e historia (ILAACH).
- Segato, L. R. (2003). *Estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. 1ª ed. Universidad de Quilmes.
- Simmel, G. (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. J. Pérez Bances (trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Snow, D. y Anderson, L. (1993). *Down on their luck. A study of homeless street people*. University of California Press.
- Zabala-Sandoval, J. (2022). Vulnerabilidades y estrategias de supervivencia de mujeres en situación de calle. *CUHSO*, 32(2), 167-194. <https://doi.org/10.7770/cuhso-v32n2-art2524>.
- Zabala-Sandoval, J., Reyes, M. J., Pavez, J., Arensburg, S., Moreno, N. Valenzuela, V., Chávez, O. y Becerra, N. (2024). La (re)producción de la vida en calle. Una lectura desde los soportes de personas en situación de calle en Chile. En *Pobreza y desigualdad multidimensionales: ¿hacia nuevos pactos sociales?*, (pp. 211-260). CLACSO. <https://libreria.clacso.org/publicacion.php?p=3274&c=2>.

Sobre el autor

JUAN DAVID ZABALA-SANDOVAL es Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Chile. Psicólogo, magíster en educación. Investigador del Grupo GESS de la Universidad de Ibagué. Integrante del Nodo de Psicología Social y Crítica de ASCOFAPSI y del Núcleo de Investigación Vidas cotidianas en emergencia de la Universidad de Chile. Con interés en investigar acerca de la situación de calle en Latinoamérica, priorizando las experiencias de las personas en esta situación como forma de evidenciar sus prácticas, agencias y soportes que confeccionan sus vidas cotidianas. Correo Electrónico: juand.zabalas@gmail.com.mx.  <https://orcid.org/0000-0001-8999-4053>

CUHSO

Fundada en 1984, la revista CUHSO es una de las publicaciones periódicas más antiguas en ciencias sociales y humanidades del sur de Chile. Con una periodicidad semestral, recibe todo el año trabajos inéditos de las distintas disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades especializadas en el estudio y comprensión de la diversidad sociocultural, especialmente de las sociedades latinoamericanas y sus tensiones producto de la herencia colonial, la modernidad y la globalización. En este sentido, la revista valora tanto el rigor como la pluralidad teórica, epistemológica y metodológica de los trabajos.

EDITOR

Matthias Gloël

COORDINADOR EDITORIAL

Víctor Navarrete Acuña

CORRECTOR DE ESTILO Y DISEÑADOR

Ediciones Silsag

TRADUCTOR, CORRECTOR LENGUA INGLESA

Mabel Zapata

SITIO WEB

cuhso.uct.cl

E-MAIL

cuhso@uct.cl

LICENCIA DE ESTE ARTÍCULO

Trabajo sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0)